



Jennings, Timothy R. *Así de simple: un modelo bíblico para sanar la mente*, trads. Katia S. Stoletny y Marcos R. Domingo (Florida Oeste, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2018). 263 pp. ISBN 978-987-701-756-4

Timothy R. Jennings es graduado en Medicina por la *University of Tennessee* con especialidad en Psiquiatría, y es miembro de varias asociaciones profesionales médicas. Además de ser un profesional de la salud, se ha destacado por escribir varios libros que combinan nociones de medicina, neuropsiquiatría y espiritualidad.<sup>1</sup>

Su libro *Así de simple: un modelo bíblico para sanar la mente*, es una traducción al español de su primera obra publicada en 2007.<sup>2</sup> A pesar de contar con 263 páginas, no es un libro con pretensiones académicas. Más bien puede describirse como una obra de fácil lectura dirigida a un público cristiano en general. Jennings evita utilizar términos técnicos, recurre a un lenguaje sencillo y las escasas referencias bibliográficas son colocadas al final de cada capítulo. El objetivo del libro, de acuerdo con el autor, es definir un modelo unificado de la mente humana que facilite la resolución de problemas y padecimientos tanto psíquicos como emocionales (pp. 12-13).

El primer capítulo, titulado “El poder de lo que creemos”, funciona como una introducción en la que se establece la naturaleza holística de la mente humana, con componentes físicos (es decir, neurológicos), emocionales y, especialmente, espirituales. El capítulo dos explora los elementos que, según el autor, conforman la mente. Estos son la razón, la conciencia, la adoración, el juicio, la voluntad, los pensamientos y los sentimientos. El siguiente capítulo menciona algunos factores que propician los problemas psicológicos (con énfasis en el egoísmo), en tanto el

<sup>1</sup> Timothy R. Jennings, *The God-Shaped Brain: How Changing your View of God Transforms Your Life* (Downers Grove, IL: IVP Books, 2013); *Ibid.*, *The God-Shaped Heart: How Correctly Understanding God's Love Transforms Us* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2017); *Ibid.*, *The Aging Brain: Proven Steps to Prevent Dementia and Sharpen your Mind* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2018).

<sup>2</sup> Timothy R. Jennings, *Could it be this Simple?: A Biblical Model for Healing the Mind* (Hagerstown, MD: Autumn House Publishing, 2007). Reimpreso en 2012 por Lennox Publishing.



capítulo cuatro se enfoca en la importancia de la inteligencia emocional y el manejo de los sentimientos en el bienestar psicológico.

A partir del capítulo cinco, Jennings comienza a abordar explícitamente temas teológicos y espirituales, en la mayoría de los casos ilustrándolos profusamente con relatos bíblicos y anécdotas profesionales. Al abordar cada tema, se muestra su relación e implicancias prácticas con el bienestar emocional y las relaciones interpersonales. Las cuestiones tratadas incluyen la libertad (caps. 5-6), el amor (cap. 7), la dependencia emocional (cap. 8), la fe (cap. 9), la culpa (cap. 10), el pecado (cap. 11) y el perdón (cap. 12).

El capítulo 13 procura explicar el motivo por el cual existe el sufrimiento y el dolor dentro del marco de un conflicto espiritual entre el bien y el mal. El siguiente capítulo se expone en las percepciones equivocadas de Dios que producen varias doctrinas y creencias populares, especialmente la del infierno eterno y la expiación sustitutiva penal. El autor explica cómo la imagen de un Dios airado, vengativo y castigador causa miedo, resentimiento y angustia en las personas. Dado que parece imposible encontrar aceptación, perdón, paz y restauración en un Dios enojado, las personas se alejan de la religión y se vuelven más vulnerables a desarrollar problemas emocionales.

El capítulo 15 explica cómo aplicando los principios anteriores es posible alcanzar sanidad psíquica. Jennings ilustra el proceso con la historia de una paciente con desórdenes alimenticios.

Finalmente, el libro culmina con el capítulo 16, donde el autor resume su percepción del carácter y la esencia de Dios, justificándose en la idea de que “la imagen que tenemos de Dios es muy importante, debido a que ella moldea directamente el desarrollo de nuestros caracteres individuales” (p. 255). En este capítulo final, el autor utiliza varias doctrinas características del adventismo, como el conflicto cósmico (pp. 256-258) y el sábado (pp. 261-262), para explicar y definir el carácter de Dios, el cual afirma que se basa en el amor, la libertad y la abnegación.

Ciertamente, se debe felicitar a Timothy Jennings por producir una obra sencilla para ayudar a las personas a alcanzar bienestar emocional y

superar los traumas del pasado. El libro enfoca muy bien la necesidad de revisar nuestra percepción de Dios y alimentar correctamente la faceta espiritual de nuestra persona con el objetivo de encontrar paz y felicidad. Muchas personas encontrarán inspiración y consejos útiles para fortalecer su vida espiritual y superar sus problemas emocionales.

Aunque los consejos psicológicos puedan ser de gran ayuda para los lectores, las propuestas teológicas del autor llegan a ser preocupantes. Específicamente, el concepto de expiación que Jennings presenta y las implicaciones que este posee afectan seriamente la comprensión de la obra de Cristo en la cruz y de la solución divina al pecado.

Históricamente, la Iglesia Adventista del Séptimo Día ha aceptado la expiación sustitutoria penal.<sup>3</sup> Esta postura afirma que Cristo fue el representante y el sustituto de la humanidad al morir en la cruz. Él cargó con los pecados de todas las personas y sufrió el castigo por el pecado que merecemos. Solo así era posible garantizar la salvación para la humanidad caída. Sin embargo, Jennings rechaza esta postura en favor de la expiación por influencia moral.

Esta interpretación de la expiación afirma que la muerte de Cristo no fue sustitutiva. Él no cargó con nuestros pecados ni tomó sobre sí nuestro castigo. Más bien, Dios envió a su Hijo a morir para demostrar el amor que siente hacia nosotros. Al contemplar tal manifestación de amor, la humanidad es transformada en semejanza al carácter divino. Esta postura, popularizada por Pedro Abelardo (1079-1142), ha encontrado apoyo en varios teólogos protestantes, entre ellos George MacDonald (1824-1905), que es citado por Jennings en los capítulos 12, 13 y 16 (pp. 194, 206-207, 255). Entre los simpatizantes adventistas de esta interpretación, se encuentra A. Graham Maxwell (1921-2010) que es citado en el capítulo 13 (p. 219).<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Véase Asociación Ministerial de la Asociación General, *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día* (Florida Oeste, BA: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2007), 121-127; Raoul Dedereen, "Cristo: su persona y obra". En *Tratado de teología adventista del séptimo día* (Florida Oeste, BA: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009), 197-204; y Acio Cairus, *Substitutionary Atonement*, Biblical Research Institute Release 12 (Silver Spring, MD: Biblical Research Institute, 2015).

<sup>4</sup> Véase A. Graham Maxwell, *Can God Be Trusted?* (Nashville, TN: Southern Publishing Association, 1977), 75-90.

Jennings califica la expiación sustitutoria como “un falso evangelio” (p. 210) y un “falso punto de vista” (p. 11). Además, representa erróneamente los postulados de la sustitución penal:

Una enseñanza religiosa popular afirma que el problema con el pecado no se encuentra en nuestra mente y nuestro corazón enfermos, sino en la ira y el enojo de Dios. También afirma que Cristo vino a morir para calmar la ira divina. Aún más, declara que Cristo está en el cielo rogando a su Padre por nosotros, de modo que, cuando comparezcamos en el Juicio, Dios no verá nuestra pecaminosidad, sino la justicia perfecta de Cristo [...]. Entonces somos presentados perfectos y podemos pasar el escrutinio del Juicio (pp. 210-211).

Nótese que Jennings omite mencionar que la expiación sustitutoria penal sí cree que el pecado ha dañado la naturaleza humana y, luego de la caída, es intrínseca a esta. También omite mencionar el hecho de que la muerte sacrificial de Cristo no tuvo como objetivo satisfacer la ira de Dios, sino evitar que la humanidad sufriera la justa retribución de sus pecados. Además, el hecho de que no es nuestra justicia, sino la justicia imputada de Cristo la que garantiza nuestra salvación, es una afirmación apoyada explícitamente por la Escritura (*cf.* Is 61,10; Rom 3,21,26; Fil 3,9; etc.). Jennings no explica cómo se deberían interpretar estos versículos si la expiación por la influencia moral fuese correcta.

A lo largo del libro, el autor insiste en que la muerte de Cristo no fue vicaria o sustitutiva, sino una demostración del amor que Dios siente hacia nosotros. Afirma que “Dios envió a su Hijo para restaurar la confianza, para eliminar el miedo y la duda de nuestra mente, de modo que podamos cooperar libremente con él para nuestra curación” (p. 103). También asegura que “el derramamiento de la sangre de Cristo fue realizado para transformar el corazón y la mente del hombre, para curarnos y remover completamente el egoísmo de nuestras mentes” (p. 169). Ante las preguntas de por qué Jesús tenía que morir y por qué fue necesaria la muerte de Cristo, Jennings responde que “nada más podría haber ganado nuestra completa confianza...” (p. 204). El autor incluso afirma que la muerte de Cristo en la cruz no fue una “pena impuesta”, sino más bien un ejemplo de la “consecuencia natural” que el pecado provoca en la humanidad (p. 215).

Esta concepción del pecado lleva a Jennings a asumir que el castigo final de los pecados no es llevado a cabo por Dios, sino que es “la inevitable consecuencia” del mal (p. 169). Asevera que “si insistimos en dejar a Dios... la única cosa amorosa y justa que él puede hacer es dejarnos ir. Y cuando el dador de la vida hace esto, morimos” (p. 225). De esta manera, los pecadores no son realmente castigados por Dios, sino que sencillamente sufren los resultados esperados de sus acciones, a saber, “la persistencia en el pecado trae su propio castigo: la muerte” (p. 163).

Estos conceptos del pecado y de la expiación afectan también la manera en que la salvación es interpretada. Jennings considera que el propósito de la encarnación de Cristo era “revelar la verdad de Dios, responder a las preguntas y proveer la evidencia que protegiera al mundo no caído y nos libera de las mentiras que nos tenían atados y obnubilados” (p. 261). Para el autor, una incorrecta incompreensión del carácter de Dios nos lleva al pecado, lo cual a su vez provoca desórdenes psíquicos y emocionales, pues el pecado es intrínsecamente dañino y perjudicial para las personas. Y, a su vez, un correcto entendimiento de cómo es Dios no libera del pecado, pues “la sanación” que ofrece el Creador para el pecado es “la verdad acerca de sí mismo” (p. 211).

Este giro soteriológico coloca a Jennings peligrosamente cerca de uno de los postulados básicos del gnosticismo. Esto se debe a que la salvación es movida del ámbito de la fe al de la cognición humana. No es ahora la fe en el sacrificio vicario de Jesucristo lo que asegura la salvación, sino la correcta comprensión racional y cognitiva de cómo es el carácter divino. Jennings afirma que es este conocimiento proposicional, y no la obra espiritual de Dios en nosotros, lo que garantiza la transformación de la naturaleza humana y la salvación:

El verdadero amor surge del conocimiento de Dios. Cuando lo conocemos, como es nuestro privilegio, nuestro corazón se conmueve en admiración y adoración por el gran sacrificio que hizo para poder alcanzarnos [...]. Aprender a conocerlo nos lleva a amarlo, admirarlo, respetarlo y confiar en él. Aprendemos sus métodos y principios, y entonces empezamos a practicarlos en nuestras propias vidas (p. 125).

Se debe reconocer que la intención de Jennings es buena, pues simplemente desea mostrar que Dios no es “un Ser severo, vengativo, arbitrario, que exige ser apaciguado” (p. 124). Sin embargo, al perseguir este objetivo, abandona la soteriología propia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y genera la imagen de un Dios pasivo e indolente ante la crisis cósmica que produce el pecado.

Tiene más sentido creer que un Dios de amor siente indignación ante el daño y el sufrimiento provocado por el pecado y desea actuar para poner fin al dolor que los pecadores causan a la creación. Sin embargo, ese mismo amor es el que motiva al Creador a darles una oportunidad a los seres esclavizados por el pecado e incapaces de cambiar el rumbo de sus vidas por sí mismos. Por esta causa, Dios mismo carga sobre sí los pecados y el castigo que su justicia motivada por el amor exige. De esta manera, la cruz manifiesta tanto la justicia como el amor de la Deidad.

En conclusión, es posible afirmar que, aunque los consejos psicológicos proporcionados por Jennings sean útiles e inspiradores, sus postulados teológicos subyacentes se apartan de la comprensión bíblica acerca de la expiación y la salvación. Esto provoca el mismo problema que se deseaba evitar en primer lugar: distorsionar la imagen de Dios.

Se recomienda al lector que realice una lectura analítica y reflexiva del libro, considerando con cuidado los conceptos teológicos que el autor presenta y su relación con las doctrinas bíblicas. Aunque ciertamente los consejos psicológicos podrán resultar útiles e inspiradores, esta reseña ha procurado mostrar que algunas de las ideas del autor se apartan de los principios escriturales. En todo caso, el consejo de Pablo de Tarso bien puede aplicarse en este caso: “Examínenlo todo; retengan lo bueno” (1 Tes 5,21 RVC)

Eric E. Richter  
Facultad de Teología  
Universidad Adventista del Plata  
Entre Ríos, Argentina  
eric.richter@uap.edu.ar

Recibido: 31 de enero de 2020  
Aceptado: 21 de noviembre de 2020